**El éxodo rural en España – 1ª Etapa (3 envois)**

**«La huerta»**

Escribo «la huerta» y realmente no tengo muy claro cómo nombrar el lugar en el que viví durante veinticinco años. En Murcia llamamos La Huerta a una especie de comarca natural. […]

La vida en la huerta fue el purgatorio por el que tuve que pasar hasta que llegué a la ciudad. Las acequias estaban infestadas de mosquitos. Cavar caballones en los huertos me rompía la espalda. No había iluminación en las carreteras y a las casas no llegaba la calefacción ni el vídeo comunitario. En la huerta me sentía aislado, fuera del mundo. Nunca me apasionó vivir entre limoneros, jamás me llegué a sentir integrado en aquel sitio en medio de la nada. Tal vez Garre tuviera razón. Yo jamás había estado del todo allí. Mis tres hermanos, bastante mayores que yo, se casaron y levantaron sus casas cerca de mis padres. Juan y Emilio, en el mismo carril. José Antonio, el mayor, dos kilómetros en dirección al pueblo, pero también rodeado de limoneros. Yo fui el único que decidió alejarse. En 2004, tras seis años de noviazgo, me casé con Raquel, a quien había conocido mientras estudiaba Historia del Arte, y compré con ella un pequeño apartamento en un barrio cerca de la ciudad. «Este te ha salido un señorito de la capital», le dijeron los vecinos a mi madre. «Nos ha mirado siempre por encima del hombro», comentaron algunos. Y es posible que algo de razón tuvieran. Porque es cierto que necesitaba salir de allí. Marcharme lejos de aquel lugar.

Miguel Ángel Hernández, *El dolor de los demás*, 2018

1. Subraya en el texto los elementos que permiten identificar y definir:

* el tema
* los personajes y las relaciones entre ellos
* el/los lugares evocado(s)
* el/los momentos evocado(s).

 **A partir de estos elementos**, comenta la frase siguiente (30 segundos como mínimo):

“En la huerta me sentía aislado, fuera del mundo.”

Tienes 2 minutos para prepararte. Puedes preparar un pequeño esquema, un mapa mental, apuntar algunas palabras de enlace… **PERO NO FRASES COMPLETAS**.

|  |
| --- |
|  |

**Possibilité de demander aux élèves (à l’ensemble du groupe ou de façon différenciée) :**

* **un retour du texte surligné,**
* **une carte mentale élaborée à partir des différents éléments,**
* **l’envoi de l’enregistrement via l’ENT,**
* **une production écrite plutôt qu’une production orale,**
* **etc.**

**«La huerta»**

Escribo «la huerta» y realmente no tengo muy claro cómo nombrar el lugar en el que viví durante veinticinco años. En Murcia llamamos La Huerta a una especie de comarca natural. […]

La vida en la huerta fue el purgatorio por el que tuve que pasar hasta que llegué a la ciudad. Las acequias estaban infestadas de mosquitos. Cavar caballones en los huertos me rompía la espalda. No había iluminación en las carreteras y a las casas no llegaba la calefacción ni el vídeo comunitario. En la huerta me sentía aislado, fuera del mundo. Nunca me apasionó vivir entre limoneros, jamás me llegué a sentir integrado en aquel sitio en medio de la nada. Tal vez Garre tuviera razón. Yo jamás había estado del todo allí. Mis tres hermanos, bastante mayores que yo, se casaron y levantaron sus casas cerca de mis padres. Juan y Emilio, en el mismo carril. José Antonio, el mayor, dos kilómetros en dirección al pueblo, pero también rodeado de limoneros. Yo fui el único que decidió alejarse. En 2004, tras seis años de noviazgo, me casé con Raquel, a quien había conocido mientras estudiaba Historia del Arte, y compré con ella un pequeño apartamento en un barrio cerca de la ciudad. «Este te ha salido un señorito de la capital», le dijeron los vecinos a mi madre. «Nos ha mirado siempre por encima del hombro», comentaron algunos. Y es posible que algo de razón tuvieran. Porque es cierto que necesitaba salir de allí. Marcharme lejos de aquel lugar.

Sin embargo, no fue una decisión fácil. Mi padre había muerto en 2003 y mi madre, después de una trombosis que le había arrebatado la movilidad y mucha de su lucidez, se iba a tener que quedar sola, con la chica que había comenzado a cuidarla. Yo era el hijo menor y mi deber era hacerme cargo de ella. Mi mujer tendría que haberlo comprendido. Eso era lo que venía conmigo. Te llevabas un marido y heredabas lo que venía con él. Así eran las cosas en la huerta. Así tenían que haber sido. Soy consciente de que más de uno no ha entendido aún cómo pude hacer lo que hice, cómo pude dejar a mi madre e irme a vivir cerca de la ciudad. «Los jóvenes ya no respetan nada. Todo se ha perdido. Las formas, las tradiciones, el pasado. Ahora la gente quiere su propia casa. Vivir lejos. Cuantas menos obligaciones, mejor. Así va el país, y el mundo. Ya no se respeta nada.» […]

Miguel Ángel Hernández, *El dolor de los demás*, 2018

1. Subraya en el texto los elementos que permiten explicar que “no fue una decisión fácil”.

Resúmelos **con tus propias palabras**.

 Luego explica y comenta el fragmento siguiente (30 segundos como mínimo):

«Los jóvenes ya no respetan nada. Todo se ha perdido. Las formas, las tradiciones, el pasado. Ahora la gente quiere su propia casa. Vivir lejos. Cuantas menos obligaciones, mejor. Así va el país, y el mundo. Ya no se respeta nada.»

**«La huerta»**

Escribo «la huerta» y realmente no tengo muy claro cómo nombrar el lugar en el que viví durante veinticinco años. En Murcia llamamos La Huerta a una especie de comarca natural. […]

La vida en la huerta fue el purgatorio por el que tuve que pasar hasta que llegué a la ciudad. Las acequias estaban infestadas de mosquitos. Cavar caballones en los huertos me rompía la espalda. No había iluminación en las carreteras y a las casas no llegaba la calefacción ni el vídeo comunitario. En la huerta me sentía aislado, fuera del mundo. Nunca me apasionó vivir entre limoneros, jamás me llegué a sentir integrado en aquel sitio en medio de la nada. Tal vez Garre tuviera razón. Yo jamás había estado del todo allí. Mis tres hermanos, bastante mayores que yo, se casaron y levantaron sus casas cerca de mis padres. Juan y Emilio, en el mismo carril. José Antonio, el mayor, dos kilómetros en dirección al pueblo, pero también rodeado de limoneros. Yo fui el único que decidió alejarse. En 2004, tras seis años de noviazgo, me casé con Raquel, a quien había conocido mientras estudiaba Historia del Arte, y compré con ella un pequeño apartamento en un barrio cerca de la ciudad. «Este te ha salido un señorito de la capital», le dijeron los vecinos a mi madre. «Nos ha mirado siempre por encima del hombro», comentaron algunos. Y es posible que algo de razón tuvieran. Porque es cierto que necesitaba salir de allí. Marcharme lejos de aquel lugar.

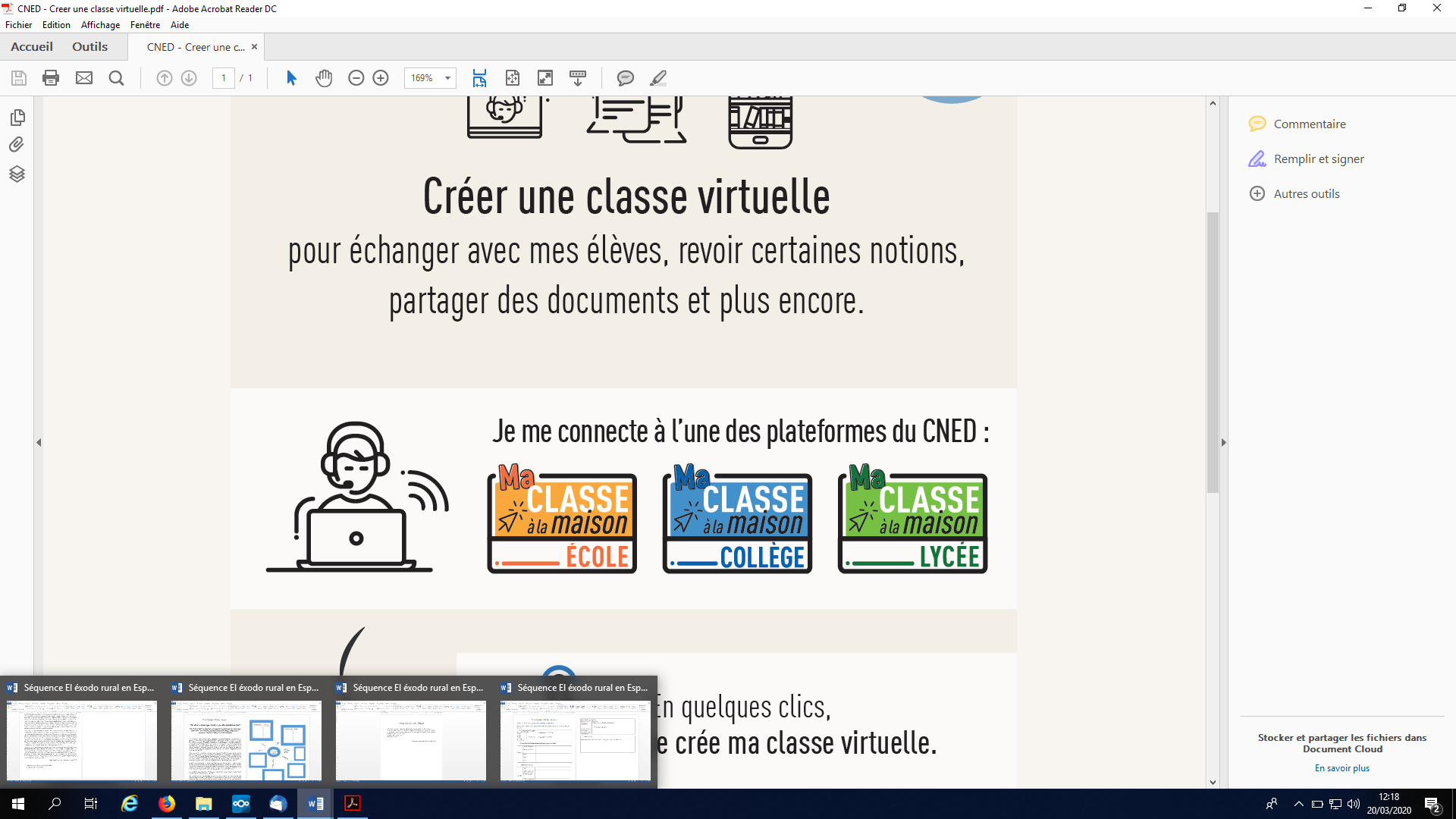
Sin embargo, no fue una decisión fácil. Mi padre había muerto en 2003 y mi madre, después de una trombosis que le había arrebatado la movilidad y mucha de su lucidez, se iba a tener que quedar sola, con la chica que había comenzado a cuidarla. Yo era el hijo menor y mi deber era hacerme cargo de ella. Mi mujer tendría que haberlo comprendido. Eso era lo que venía conmigo. Te llevabas un marido y heredabas lo que venía con él. Así eran las cosas en la huerta. Así tenían que haber sido. Soy consciente de que más de uno no ha entendido aún cómo pude hacer lo que hice, cómo pude dejar a mi madre e irme a vivir cerca de la ciudad. «Los jóvenes ya no respetan nada. Todo se ha perdido. Las formas, las tradiciones, el pasado. Ahora la gente quiere su propia casa. Vivir lejos. Cuantas menos obligaciones, mejor. Así va el país, y el mundo. Ya no se respeta nada.» […]

Quería vivir con mi mujer fuera de esa zona de control. No importaba dónde; solo quería estar lejos de allí. Afortunadamente, Raquel tenía la misma sensación. Y una experiencia semejante. Salir de la huerta, salir del control de los vecinos, llegar a un territorio en el que no estás obligado a saludar al vecino de abajo, en el que nadie entra en tu casa sin avisar, en el que nadie fiscaliza lo que compras, lo que haces, cómo vistes, la hora a la que entras o sales. Vivir como uno quiere. Eso es lo que deseaba. Esa sigue siendo mi máxima conquista. Haber logrado una fortaleza inexpugnable. Un hogar hermético en el que solo entra quien es invitado.

Miguel Ángel Hernández, *El dolor de los demás*, 2018

1. Analiza la imagen que da el narrador de la ciudad.

Coméntalo con tus compañeros (EOI).



**Classe virtuelle (éventuellement en petits groupes).**

* **Trace écrite collaborative (sur un outil de type Framapad et partagée à toute la classe).**

**Langue : LES TEMPS DU PASSÉ**

* Relevé et analyse des formes verbales au passé composé / au passé simple / éventuellement à l’imparfait 🡺 réflexion sur les valeurs de chaque temps.
* Echanges via un outil de travail collaboratif : chat de l’ENT par exemple (à prévoir sur un temps de travail synchrone).
* Elaboration, en groupes, via un outil de type Framapad, d’outils communs, évolutifs, qui seront ensuite transmis à l’ensemble du groupe : formation du passé composé (groupe 1), formation du passé simple (groupe 2), formation de l’imparfait (groupe 3), valeurs du passé composé (groupe 4), valeurs du passé simple (groupe 5), valeurs de l’imparfait (groupe 6).

**Les objectifs linguistiques sont à définir et à adapter en fonction de la progression de chacun.e.**

**Il ne s’agit là que de quelques propositions, sans prétention d’exhaustivité.**